

la. La falsedad vuela mientras que la verdad llega cojeando penosamente tras ella, de manera que cuando los hombres llegan a desengañarse es ya tarde; la broma ha terminado y el cuento ha producido su efecto; como el hombre que ha pensado en una respuesta aguda cuando el discurso ha cambiado o el público ha partido; o como el médico que encuentra una medicina infalible cuando el paciente ya ha muerto.

Considerando la disposición natural que tienen muchos hombres a mentir, y en las multitudes a creer, me he quedado perplejo al reflexionar sobre aquella máxima, tan frecuente en todas las bocas, de que a la larga vencerá la verdad. Aquí ha estado esta isla nuestra, yaciendo a causa del más grande partido político que hemos tenido en veinte años, bajo la influencia de tales personas y consejos cuyo principio e interés en corromper nuestras costumbres, cegar nuestro entendimiento, agotar nuestra salud y, con el tiempo, destruir nuestra constitución tanto en la iglesia como en el Estado, hasta que, finalmente, fuimos traídos hasta el borde mismo de la ruina; sin embargo, por medio de perpetuas falsedades, no hemos sido nunca capaces de distinguir entre nuestros amigos y enemigos. Hemos visto cómo una gran parte del dinero de la nación ha ido a parar a las manos de aquellos que por su nacimiento, educación y mérito no podían pretender nada mejor que llevar las libreas de nuestros criados; mientras que otro que, por su crédito, calidades y fortuna fueron solamente capaces de darle reputación y éxito a la revolución no sólo fueron dejados a un lado por peligrosos e inútiles, sino manchados por el escándalo de ser jacobinos, hombres de principios arbitrarios y pensionistas de Francia; mientras que la verdad, de la que se dice que yace en un pozo, parece enterrada ahora bajo un montón de piedras. Pero recuerdo que era una queja usual entre los *whigs*, que la mayor parte de los terratenientes no se encontraban de acuerdo con sus intereses, lo que algunos de los más sabios vieron como un mal agüero; y vimos que fue con la mayor de las dificultades que pudieron reservar para sí la mayoría, mientras que la corte y el ministerio se encontraban de acuerdo con el otro lado hasta que aprendieron aquellos admirables expedientes para decidir las elecciones e influir en los lejanos distritos desde la ciudad alegando poderosos motivos. Pero todo esto era mera fuerza y coacción sostenida, sin embargo, por el más diestro artificio y administración, hasta que el pueblo empezó a comprender que sus propiedades, su religión y la monarquía misma se encontraban en peligro; cuando los vimos esperar vorazmente la primera ocasión para aprovecharse. Pero de este poderoso cambio en los ánimos del pueblo hablaré con más amplitud en algún trabajo futuro; en el que intentaré desengañadas o engañosas que esperan o pretenden que se trata de una breve locura en el vulgo de la que pronto ha de recobrase; mientras que yo creo que aparecerá ser distinto en sus causas, síntomas y consecuencias y demostrará ser un gran ejemplo para ilustrar la máxima que mencionaba hace poco de que finalmente (aunque a veces demasiado tarde) prevalece la verdad.

(Trad. de Rafael Ruiz Harrell).

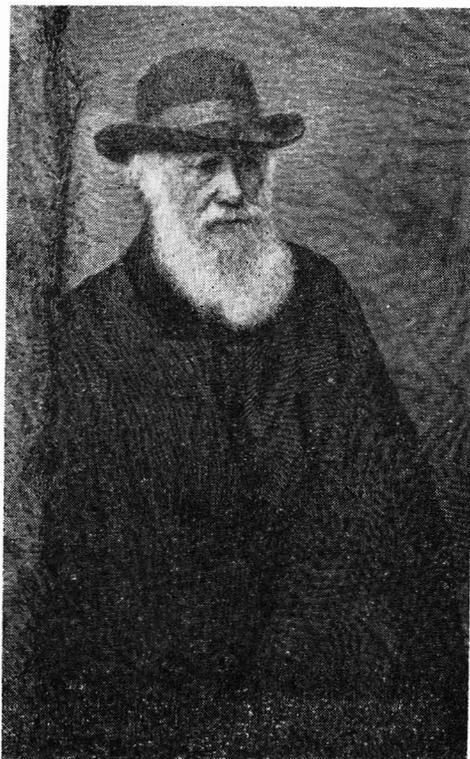
# C I E N C I A

## ORIGEN Y EVOLUCION DEL HOMBRE

Por Santiago GENOVES

### LA SUPUESTA DESCENDENCIA A PARTIR DE LOS MONOS Y EL ESLABON PERDIDO

DESDE que apareció *El origen de las especies* de Darwin, hace casi exactamente un siglo, se han sucedido una multitud de hipótesis y tesis sobre el origen del hombre. Es interesante señalar que Darwin no se refiere para nada en dicha obra a la supuesta descendencia del hombre actual a partir de antropoides actuales. Sin embargo, por uno de esos fenómenos de transposición de conceptos



Carlos Darwin 1809-1882

que con relativa frecuencia ocurren cuando un hecho científicamente comprobado pasa a la mente de la mayoría (que por lo general no está en condiciones de entenderlo ni le interesa fundamentalmente la comprobación científica en sí), se puede apreciar que en el concepto de los no especializados priva, vagamente, la idea de que el hombre descende del mono, o que por lo menos el hombre actual pasó hace muchos miles de años por una etapa evolutiva semejante a la de los grandes antropoides que se ven hoy en el zoológico —chimpancé, gorila, orangután y gibbon—. Es más, en forma no precisa, está tan extendida la idea que tiene por centro el concepto anterior, que aun en libros y artículos especializados se hallan, con bastante frecuencia, frases que indican con claridad que el autor —posible y especulativamente—, recibió cuando niño esta influencia educativa de la que no se ha podido deshacer del todo. Usando un término biológico, cabría llamar a este fenómeno un vestigio, en el sentido en que se llama así a la aparición de un rudimento de cola en el hombre actual o de restos de

hueso pélvico en la ballena, que como se sabe no posee cintura pélvica.

Hoy no poseemos con vida más que los cuatro géneros de antropoides arriba mencionados, con algunas especies, y desde luego nos vemos forzados a establecer comparaciones a ellos referidas al querer interpretar restos fósiles de posibles ancestros del hombre actual, que por general son muy fragmentarios y únicos. Entonces olvidamos con frecuencia que dicha comparación, además de en el espacio, debe establecerse en el tiempo. Por ejemplo, es frecuente leer —adelantando forzosamente conceptos que se desarrollarán después— que un resto dado de homínido fósil (es decir, un resto fósil de *Pithecanthropus* o de *Cro-Magnon*, pongamos por caso) “representa —el primero— una etapa más avanzada que los antropoides en el proceso de evolución”;<sup>1</sup> claro está que ello es cierto si entendemos por evolución, *evolución hacia el hombre actual*, y por antropoide el antropoide que hoy vive. El concepto de evolución es, no obstante, más amplio, y sólo nuestro egocentrismo —mezclado con ideas educativas erróneas de las que hemos llamado vestigios— nos lleva a pensar que la evolución, en este caso, no tiene más fin que el perfeccionamiento del hombre en la forma bajo la que se presenta hoy. En otras palabras, los pitecantropoides sí representan “una etapa más avanzada” que los antropoides actuales en el proceso de evolución *que conduce a nuestra especie*, pero desde luego los pitecantropoides serían una rama fallida o aberrante desde el punto de vista de la evolución de los antropoides actuales. Esto es: los antropoides actuales (chimpancé, gorila, orangután, gibbon) constituyen con toda seguridad una rama del orden Primates del que la especie de hombre actual —con to-



“La comparación es absurda”

das sus variantes geográficas, ambientales y morfológicas— es también una rama, sin que podamos establecer entre ambas otras comparaciones que no sean las estrictamente morfológicas pero no de gradiente filético.

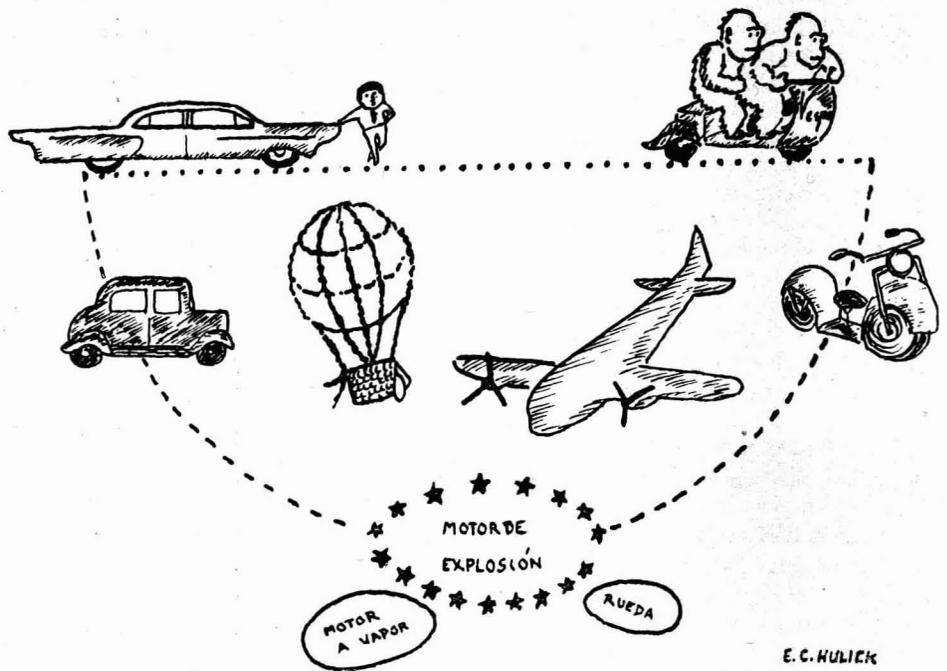
En un mundo tan mecanizado como el actual, se me ocurre la comparación que se ilustra en el diagrama. El automóvil 1920 —Pithecanthropus— no es más evolucionado que la motocicleta 1957 —antropoides actuales— más que si entendemos por evolucionado —erróneamente— todo aquello que conduzca a la línea automóvil 1957 —hominidos—, en cuyo caso, de hecho, la comparación es absurda. Pero si hipotéticamente consideramos como evolucionado lo que conduce a la motocicleta 1957, el automóvil más moderno resultaría notablemente “poco evolucionado”.

De aquí la utilidad de la Paleontología que trata de ir descendiendo en una línea evolutiva hasta encontrar los puntos de contacto, tanto cronológicos como morfológicos, con otra u otras. Así es que nos vemos forzados a veces a formular hipótesis basadas sólo en estudios que siguen la secuencia que señala la línea de puntos (.....) por carecer de otros datos, aunque el método a seguir sería el que indica la línea de rayas (— — —).

No creo haber insistido demasiado sobre estos detalles básicos, ni que la comparación sea pueril, puesto que podría señalar el anterior error de planteamiento en gran número de trabajos publicados en los últimos años. No se trata de una cuestión de palabras. Aunque en ciertos aspectos morfológicos se puede decir —entre comillas— que, por ejemplo, el Pithecanthropus presenta “algunas características morfológicas de aspecto intermedio entre el hombre actual y los antropoides actuales”, ello no implica que sea un intermedio genealógico; el automóvil puede presentar características intermedias entre la motocicleta y el avión, o el avión entre el dirigible y el automóvil, en ciertos aspectos mecánicos, pero nunca, a partir del motor de explosión, podemos situar a uno como descendiente o progenitor ancestral del otro.

Hay que hacer notar que a medida que descendemos en el tiempo, podemos aclarar relacionando, pero, lo mismo que en este esquema las cosas se complican al existir otras relaciones más allá de lo que aquí denominamos motor de explosión, también en Paleontología surgen complicaciones al tratar de encontrar ese punto común de donde podamos hacer arrancar, de forma única y definitiva, los ancestros del hombre y de los antropoides actuales; esto es, a lo que se ha dado en llamar el *eslabón perdido* y cuyo significado hay que aclarar.

Si tratamos hoy de concretar cuál es el mexicano típico por sus características somáticas nos encontraríamos o con una abstracción resultado de la medida de todos los mexicanos, otomíes, yucatecos, tarascos, etc., o con que sólo podremos definirlo a grandes rasgos, que desde luego se sobrepondrán con los de las otras poblaciones vecinas —sobre todo, en este caso, hacia el sur— y fuera de los límites de la nación México. En otras palabras, o no hay un mexicano *tipo* o hay muchos. Pues bien, lo mismo ocurre con el célebre y ficticio eslabón perdido. O no hay ninguno o hay muchos. Penetrando ya en Paleontología podemos afirmar que



E. C. HULIEK

no hay eslabón perdido, no lo hubo nunca o no existió jamás en el concepto popular y a veces académico que de él se tiene. El círculo que encierra la circunferencia de estrellitas en el esquema, es muy amplio en el tiempo y en el espacio, y en él encontraríamos una serie de seres *suficientemente generalizados*, esto es, todavía no especializados y que podrían dar lugar a formas posteriores de diverso aspecto. Pero estos seres, cuya evolución —como veremos en el artículo siguiente— no es armónica (es decir, no evolucionan a la misma velocidad manos, pies y piernas, tronco, cráneo, etc.), no pueden ser por lo tanto únicos ni en el tiempo ni en el espacio; de ahí lo erróneo del concepto de eslabón perdido.

Es sabido que los restos fósiles correspondientes a esa amplia zona témporo-espacial de los que dispone el antropólogo, son incompletos y fragmentarios. Ocurre, al tener necesidad —debido a la disarmonía— de contar con un buen número de características antes de fijar la posición de un ejemplar dado dentro de un gradiente evolutivo, que el diagnóstico debe ser, y de hecho es en muchos casos, sólo tentativo, a reserva de que hallazgos posteriores, puedan proporcionar nuevos datos. Es por lo tanto arriesgado aventurar mucho sobre el aspecto de partes óseas en restos fósiles de los que nos ocupamos, que no estén en estrecha relación morfo-evolutiva con restos cuya posición esté bien establecida. Es concepto erróneo pensar que cuando hablamos del “hombre fósil de Java” por ejemplo, contamos con un esqueleto completo y en buenas condiciones, ya que originalmente no se halló más que una calota craneana, un fémur y unos dientes. (Muchos años después, 1936-39, von Königswald encontró otros restos fragmentarios de cráneo.)

Es éste otro concepto que es necesario poner en claro. Mientras que en algunas formas fósiles no homínidas y en algunas homínidas es posible inferir el aspecto físico general —y por ende el estado evolutivo— de todo un individuo a partir, pongamos por caso, de unos molares, un trozo de mandíbula o un fragmento de pelvis, es bien arriesgado ir muy lejos cuando existen razones para sospechar que se trate de restos de individuos pertenecientes a grupos en estado de transición evolutiva, ya sea ésta total —relativa a todo el esqueleto— o parcial.

Aclararemos, para terminar, otro de los errores en que se incurre todavía hoy, a pesar de que ya hace muchos años hubo quien señalase lo incompleto de la teoría darwinista, en cierto aspecto, y que ha llevado a concebir lo que Darwin llamó “selección natural” —y a lo que Spencer añadió en su concepción filosófica, “supervivencia del más apto”—, como una “lucha por la existencia” (“el fuerte sobrevive, el débil perece”, “come o serás comido”, etc.), en fin, como si el concepto de *selección natural* estuviese necesariamente basado en esas ideas.

Es justo señalar que en *El origen de las especies* Darwin escribió: “Debo decir que uso el término lucha por la existencia en un sentido amplio y metafórico, incluyendo la dependencia de un ser en otro, e incluyendo no sólo la vida del individuo sino la facilidad que posea para dejar descendientes.” Sin embargo, habiéndose expresado así, pronto olvida el concepto de “dependencia” y continúa en el resto de la obra refiriéndose a la “lucha por la existencia” en términos de competencia. Esto es, tanto él como su incondicional Th. Huxley hicieron demasiado hincapié y erraron un tanto en la formulación del factor competencia, y en gran parte o totalmente ignoraron o subestimaron el factor cooperación. No le dieron, en otras palabras, al factor cooperación el lugar debido en el concepto de selección natural en particular, y en las descripciones del concepto evolutivo en general.

Debe concederse a Kropotkin el mérito de haber sido el primero en señalar estos errores en artículos publicados en septiembre de 1890 y junio de 1896. Sin embargo, como dije, hoy se sigue aún con frecuencia aplicando el concepto de selección natural en la forma limitada y un tanto equívoca en que se hizo en 1859. Hay que dejar bien sentado, por su importancia biológica en relación con la Paleontología Humana, que no todo es lucha; que como dijo Kropotkin, “Afortunadamente, la competencia no constituye la regla ni en el reino animal ni entre los hombres. Se limita entre los animales a períodos excepcionales, y la selección natural encuentra otros campos mejores para su actividad. Se crean mejores condiciones gracias a la *eliminación de la competencia* por medio de la ayuda mutua, de la cooperación.” Bastarán unos ejemplos.

La mayoría de los pájaros emigran hacia el sur al llegar el invierno, evitando así la competencia. Muchos roedores duermen todo el tiempo en que la competencia sería grande, y así la evitan. Al hallarse en número excesivo en un río, los castores se dividen en dos grupos, los viejos yendo río abajo, los jóvenes río arriba. La lucha por la existencia posee pues otro carácter bien distinto al de "comer o ser comido". Si imaginamos dos especies de bacterias —como lo ha ejemplificado Dobzhansky—, que se multiplican en la misma probeta, alimentándose del mismo producto, veremos que "compiten" entre sí en el sentido de que cuanto más alimento consume una especie, menos le quedará a la otra, pero las bacterias no se devoran entre sí. En un teatro estamos respirando todos, pero ahí se acaba la competencia, la lucha. S. J. Holmes

dijo recientemente: "La supervivencia del organismo dependerá en primer término de la aptitud que exista entre sus elementos constituyentes para llevarse bien uno con otro. Los grupos en los que las partes constituyentes accionan con metas contratadas, serán rápidamente descartadas."

Una serie de hallazgos de primates fósiles hechos en los últimos años —homínidos o no homínidos—, aun en fecha reciente, y a los que nos referiremos en el futuro, está haciendo alterar muchos de los conceptos más o menos clásicos que poseíamos sobre Paleontología. No son espectaculares pero sí básicos para el enfoque del árbol filogenético de nuestra especie.

1 Boule et Vallois, 1952. *Les Hommes fósiles*.

estética en sus obras y una clara conciencia del objetivo artístico de su expresión; objetivo distinto, desde luego, al de los artistas postrevolucionarios, como corresponde a un tiempo nuevo, a un nuevo tipo de artistas y a una personalidad diferente.

En el momento en que inició su aprendizaje pictórico, Gironella eligió sus maestros: el primero fue Bracque después lo han sido Velázquez, Goya y Rembrandt. Como para Gironella las limitaciones técnicas constituyen un crimen de lesa arte, se ha lanzado al estudio de los grandes maestros —a falta de las obras mismas, en las mejores reproducciones que ha podido conseguir— impulsado por la juvenil preocupación de conocer los caminos que conducen a la inmortalidad. Es por eso que no le sucederá encontrarse, de repente, con que ha descubierto algún mediterráneo de la pintura. El sabe de veladuras y de transparencias porque con las páginas del Doerner subrayadas y el tacto de los ojos bien despierto ha hurgado en las obras de Rembrandt hasta encontrar el encarnado que precisamente necesita en alguna de sus creaciones personales. Amante de los brillos y las luces se exalta cuando acierta con los "realces en blanco" que hielan al filo de una espada o hacen profunda y viva una mirada. ¡Cuántas veces, cerrando las persianas de su estudio, se deja deslumbrar por la luminosidad que desde el fondo de los cuadros sigue vibrando en la penumbra gracias a las capas subyacentes de pintura blanca modeladas por su enérgico pincel!

La obra actual de Alberto Gironella puede ser considerada bajo tres aspectos, cada uno de ellos animado por intenciones plásticas y representativas diferentes: a) los retratos —jamás directos, sino intencionadamente imaginativos—; b) las pinturas de objetos inertes —que van desde las naturalezas muertas hasta el hacinamiento de hierros oxidados—; y c) los cuadros de paisajes. Estas tres fases, independientes como género, tienen desde luego puntos inevitables de contacto en el tratamiento plástico, por más que en cada ocasión este tratamiento, que de hecho constituye la *forma* en el arte de Gironella, muestre matices de acuerdo con la naturaleza de cada tema.

# ARTES PLASTICAS

## GIRONELLA

Por Raúl FLORES GUERRERO

LA MAYOR PARTE de la vida el pintor Alberto Gironella\* transcurre entre los muros de su estudio, ámbito breve lleno de libros, de muebles de estilos recién muertos, de grandes espejos que reflejan maniqués vestidos a la moda del siglo XIX, de botellas y frascos de mil formas, y en medio de todo esto, como señor de un mundo rico en imágenes y luces de bodegón, el caballete de pintor junto a la mesa en que descansan los pinceles, las resinas, la paleta y la piedra litográfica cubierta de colores frescos, dispuestos siempre a imprimir vida a un lienzo.

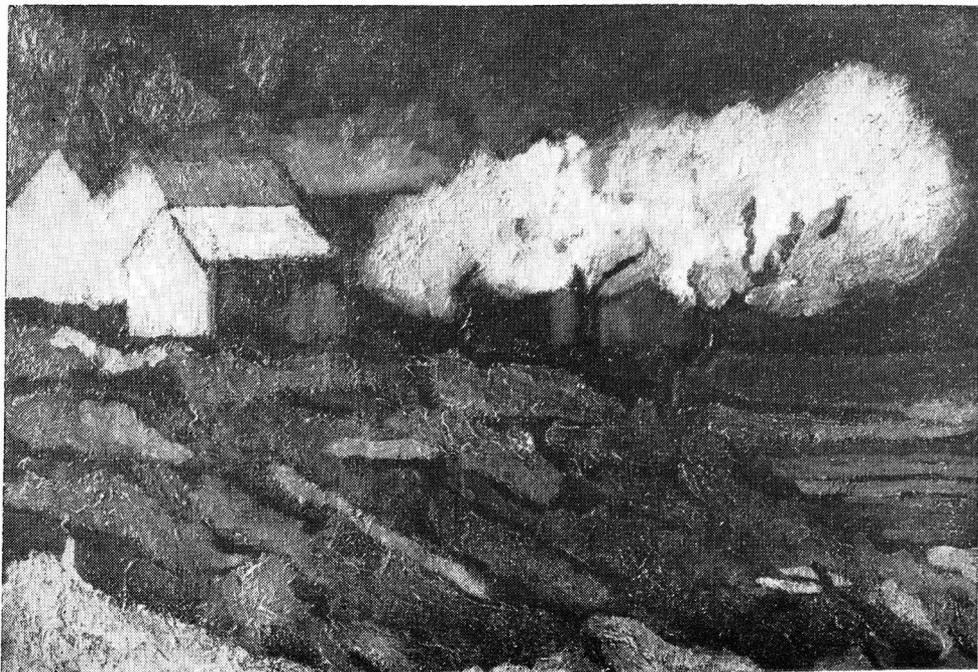
La obra de Alberto Gironella, discutible, es por eso mismo importante. Dibujante de línea fina, hace algún tiempo, a últimas fechas su tendencia pictórica lo ha llevado al empleo de agresivos y fuertes trazos negros que no tratan de bosquejar perfiles de un modo naturalista sino que, anunciando pinceladas posteriores, preconizan la estructura definitiva de sus obras. Existen, como dibujos, en función de los cuadros que de ellos van a nacer; de allí su potencialidad expresiva.

He seguido la creación de Alberto Gironella paso a paso. Tal vez sea por ello que, como el mismo pintor, vea yo los cuadros hasta ahora realizados en su exacta significación, es decir, no como creaciones definitivas, sino como el producto final de una serie de experiencias llevadas a cabo con el objeto predominante de hallar un lenguaje plástico que le permita lanzarse, ahora sí segura y sólidamente, al espléndido campo de la plenitud creadora. Tal vez por eso mismo tengo la convicción de que ningún otro pintor de su generación está capacitado, como Gironella, para sostener en el futuro cercano el prestigio de México en el panorama de la pintura contemporánea. El cuenta con armas efectivas y únicamente válidas en la órbita del arte: una básica calidad

\* Alberto Gironella expuso recientemente su obra en la Galería Proteo de la Ciudad de México.



Tirano Banderas



Arboles blancos